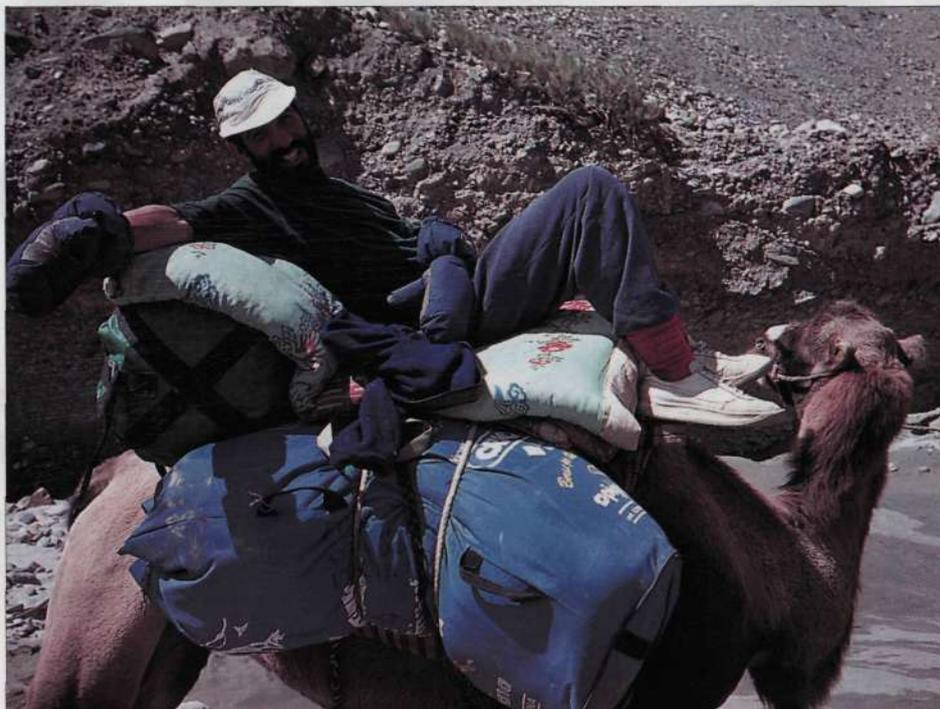


CON LAS MANOS VACIAS

Juanjo San Sebastián



Procurando llevar con buen humor el penoso traslado

S IEMPRE he tenido la impresión de que mis

recuerdos, después de una expedición, precisaban como clave identificativa de la visualización de las diapositivas que habíamos sacado en la montaña, para concretar las sensaciones vividas. Al escribir estas líneas todavía no he podido ver las fotografías de nuestra ascensión; puede que por ello la vivencia en el K2 está en estos momentos dominada, cubierta, por mi experiencia en el hospital.

Todavía puedo recordar, después de tantas horas de peripecias y viajes, la sensación de liberación que sentí cuando, sentado en un carrito, entré en el Clínico de Zaragoza. Me sentía tan salvado como cuando llegué al Campo IV y tuve la plena seguridad de que por las cuerdas fijas Atxo y yo seríamos capaces de bajar hasta el Campo Base.

Ni allí ni aquí las cosas iban a ser tan sencillas. Es difícil explicar lo que se siente en la montaña, pero también lo es el intentar transmitir la vivencia de una larga estancia en la cama de un hospital.

Cuando llegas sabes que tienes las manos congeladas, te ves los dedos ennegrecidos, vas asimilando lo que te va a pasar, pero mantienes una sensación interior de que las cosas se van a arreglar de alguna forma.

Quizás, por esa razón, la impresión más fuerte ha sido la de verme cómo han quedado las manos después de la operación. Otro impacto vendrá más tarde, cuando sales de la sensación de seguridad que te da el hospital y vuelves a reencontrarte con tu entorno habitual, con el inicio de la adaptación a la vida de todos los

sentimiento era especial. Sé que otra fase a superar será cuando se me caigan definitivamente los vendajes y tenga que afrontar el reencuentro con la actividad. Pero eso vendrá más tarde.

Todas las experiencias que he tenido que afrontar personalmente en los últimos meses, tanto en la montaña como aquí, han sido de una gran intensidad. Así y todo, nunca podré agradecer lo suficiente a todos, al médico, a las enfermeras, a Violeta, a los amigos, a los familiares, al Ministerio de Asuntos Exteriores, a la Embajada de España en Pekín el apoyo que me han prestado. Todavía me emociono cuando pienso en ello y lo dejo patente porque creo que ni ellos mismos se hacen idea del valor de la ayuda que me han dado.

días. Siempre he regresado con ganas a casa, pero esta vez el

Sencillez, solidaridad, sentido del humor, son algunas de las cosas que más valoro en las personas.

Si pudieran reunirse esas tres cualidades en cantidades ingentes y darles forma humana, esa forma entrañable tendría un nombre propio: Atxo Apellániz.

He perdido amigos y amigos a los que nunca olvidaré. Atxo es de esos pocos cuya falta sentiré cada invierno, cada tarde en Gasteiz, cada nueva expedición que haga, si es que vuelvo a hacer alguna.



Departiendo con mi inolvidable Atxo (a mi derecha) en el Campo Base.

Sin obsesiones

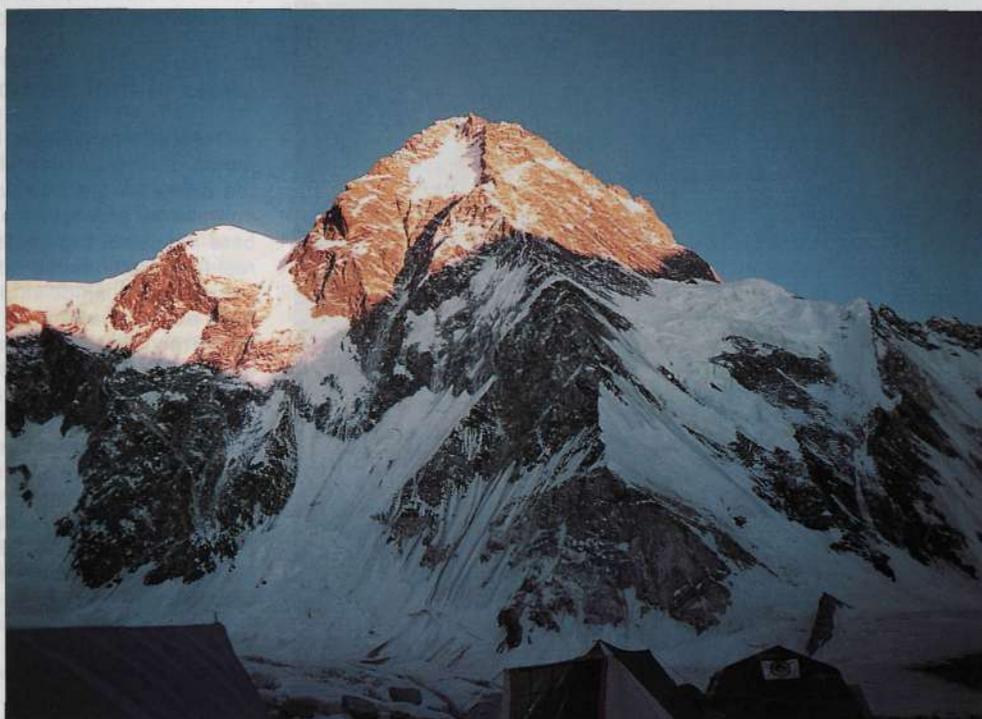
Yo, que he ido bastantes veces a la montaña para filmar, tengo que ponerme ahora a pensar cuál fue la primera secuencia de mi propia película en el K2. La moviola me trae una impresión inicial y es la de que yo no tenía especial ilusión por ir de nuevo al Chogori.

En el Chogori había estado tres veces anteriormente, sin llegar en ninguna a la cumbre. El intento del 83 me marcó como alpinista. En el 87 me lo pasé excepcionalmente bien a pesar de no alcanzar a la cima. Del 89, en cambio, guardo un mal recuerdo: nos tocaron tan sólo 14 días buenos y, lo que es peor, hubo un mal ambiente entre nosotros.

A pesar de ello, no tenía clavadas espinas ni obsesiones hacia esa montaña. Pero las tentaciones que me pusieron fueron demasiado fuertes: iban mis amigos, la organización estaba en marcha, se trataba de la cara norte, la marcha en camellos, nuevos paisajes que me apetecía conocer. Dije que sí.

Sensaciones diferentes

Veo junto, en un plano lejano, el paisaje desértico, desolado de la marcha de aproximación y recuerdo con cierta añoranza la aproximación por Pakistán.



El K2 desde el Campo Base

Era el 17 de junio cuando a 4.900 m. montábamos el Campo Base. El K2 estaba de nuevo sobre mi cabeza, pero su aspecto era como una diapositiva al revés, respecto al que ofrece desde la vertiente opuesta. Conmigo estaban Ramón Portilla, Sebas de la Cruz, José Carlos Tamayo, Atxo Apellániz, Iñaki Otxoa de Olza y Juanjo Ruiz.

Percibía que mi disposición ante la montaña era diferente a la de las anteriores oportunidades: esta vez iba a por todas, a subir. Meditaba y me hacía planteamientos que no se me habían ocurrido en las otras ocasiones. Sabía que en la vertiente opuesta estaban otros alpinistas vascos. Eramos doce en total. Estadísticamente era casi imposible que, sabida la historia de esta montaña, no nos ocurriera nada a ninguno.

Otro aspecto que me preocupaba era el tiempo. Durante un mes que llevábamos en la zona no habíamos visto ni una nube

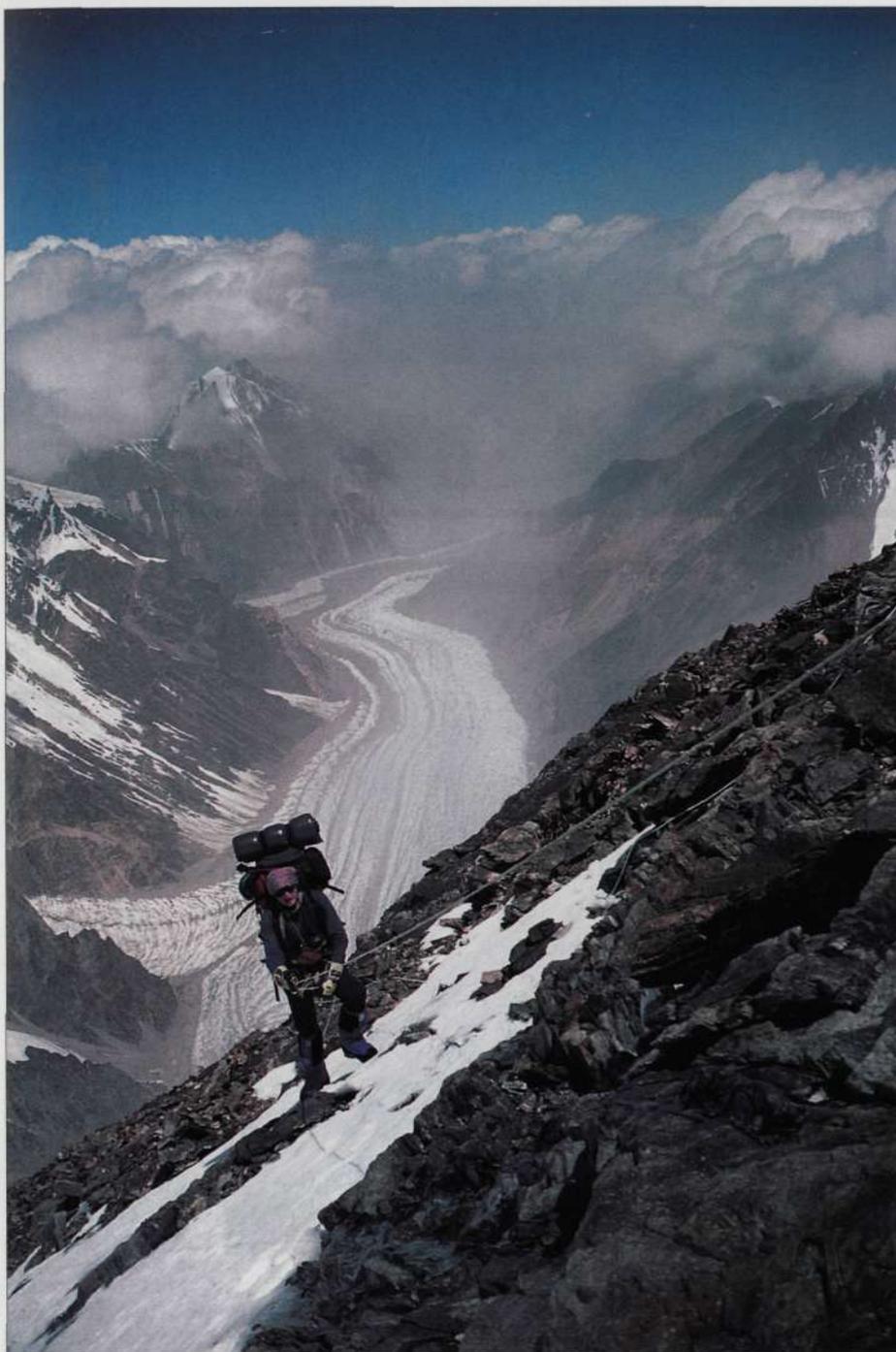
sobre la montaña. Conociendo también su climatología, cabía esperar que la tregua se acabara en cualquier momento.

Accidente de Iñaki

Mientras tanto, habíamos comenzado a equipar la ruta. El 29 de julio montamos a 6.600 metros el Campo II y el 12 de julio el CIII, a 7.500. Hasta este punto, la vía, una pendiente de inclinación mantenida entre 50 y 55° cubierta de hielo cristal hasta 6.600 metros, me estaba pareciendo

de un tanto monótona. A partir de ahí, todo estaba dispuesto para permitirnos el primer ataque.

Llegaría así el 18 de julio. Los cinco íbamos hacia arriba, con intención de intentar llegar a la cumbre. A 7.200 metros, Iñaki Otxoa de Olza se agarró a una cuerda fija vieja y ésta se rompió. Cayó 80 metros rebotando por la arista. No llegué a presenciar la caída, pero poco después le vimos aparecer con el rostro ensangrentado y doliéndose de varias partes del cuerpo. Iñaki demostró una gran entereza al tragarse el dolor de sus costillas y brazo rotos y aguantar como pudo el descenso hasta el Campo Base. Mientras tanto, José Carlos y Sebas habían continuado ganando altura, hasta equipar el Campo IV, a 7.900 metros. La mecánica de la expedición se mantenía en marcha, pero el devenir de los acontecimientos demostraría que aquella jornada había sido decisiva.



Atravesando la zona de las rocas

Primera tentativa

El 22 de julio llegó nuestro turno. Atxo y yo partimos hacia la cumbre. Se nos unió entonces el inglés Alan Hinkes, que formaba parte de una expedición americana. Junros comenzamos a progresar hacia los campos de altura.

Llegamos sin novedad hasta el Campo IV, pero yo no iba demasiado convencido de nuestras posibilidades, porque no sabíamos lo que nos esperaba por delante.

Cuatro de la mañana. Sin apenas dormir, por haberse empeñado Hinkes en meternos todos en la misma tienda, iniciamos la mar-

cha. Atravesamos sin problemas la zona rocosa, pero las cosas se pusieron más complicadas para superar la zona del serac. Estábamos a punto de alcanzarlo cuando Atxo cayó en una grieta. Yo estaba arriba y él abajo. Era como vivir a la inversa la historia del Shisha Pangma en el 90, cuando Atxo me sacó de la trampa de hielo en la que había caído. Sin embargo, esta vez él se las arregló para salir por sus propios medios, aunque le costó un enorme esfuerzo.

El incidente nos había hecho perder mucho tiempo. Habían pasado las diez de la mañana. Lo pensamos. Era demasiado tarde. Teníamos que dejarlo. Sin embargo, al iniciar el regreso no me sentí decepcionado. Estaba seguro de que habría más oportunidades.

Sebas y José Carlos, en la cumbre

Sebas y José Carlos tomaron el relevo. Desde el Campo IV se fueron como un tiro hacia la cumbre. Tardaron once horas en subir y cinco y media en bajar. Era el 30 de julio.

Desde abajo seguimos sus movimientos con admiración y una sana envidia. Yo era consciente de que nosotros no seríamos capaces de subir a esa velocidad. También sabía que, al no haber podido hacer ellos planos de la cumbre, nos tocaría completar a nosotros el trabajo, lo que aumentaría la lentitud de nuestra ascensión. En cualquier caso, nos íbamos de nuevo para arriba. ¿Sería la última oportunidad? ¿Hasta cuánto duraría el buen tiempo?

Llega el mal tiempo

Dejamos el Campo IV a las cuatro y media de la mañana del 4 de agosto. Con los primeros tramos conocidos y mejor equipados, alcanzamos sin problemas la base del serac. Las horas pasaban con una rapidez sorprendente, opuesta a la lentitud con que ganábamos altura por una pala que tenía una inclinación que oscilaba entre 50 y 55°. Eran las seis de la tarde. El tiempo empezó a cambiar. Desde abajo nos confirmaron que desde el Oeste estaban entrando nubes amenazantes. Eramos conscientes de que era tarde, pero el tramo que nos quedaba no era más que andar. Yo no lo dudé ni por un momento: vamos hasta la cumbre.

Por unos instantes, una luz preciosa de atardecer nos iluminó. Filmé las cumbres de los Latok y del Ogro. Era lo único que se veía.

Cima: no hay emociones

Siete de la tarde. La pendiente cedió finalmente. Habíamos llegado. Las nubes lo envolvían todo. Mi ilusión de ver desde la cumbre la otra vertiente del K2 no se iba a cumplir. Después de porfiar durante tantos años por esta momento, parecía extraño que no sintiera ninguna emoción. No hubo abrazos, ni manifestaciones de alegría. Incluso ahora, cuando recuerdo aquellos instantes, no tengo grabada ninguna sensación especial.

Iniciamos el descenso. La nevada arreciaba y el viento había tapado nuestras huellas. Equivocarnos en la ruta podía ser fatal. Empezamos, pues, a asumir la evidencia de que tendríamos que esperar al amanecer.

Estaríamos a unos 8.400 metros. Buscamos una pequeña repisa. Atxo se recostó sobre la mochila. Yo me acomodé como pude, medio sentado. Sólo podíamos dejar que pasaran las horas. Fue una noche tranquila. El frío no era intenso y la nieve que caía lo hacía calmadamente.

El día 5 amaneció cubierto, pero poco después empezó a aclarar. El cambio trajo

consigo una fuerte ventisca. El frío se hizo tremendo. Recuerdo que comenté a través del talkie con los del Campo Base: "Están cayendo pequeñas avalanchas". El riesgo se palpaba cada vez más patente.

Llegamos al borde de un muro. Si habíamos llevado la cuerda fue, precisamente, para poder salvar en el descenso estos tramos. Atxo se empeñó en que fuera yo por delante. Comencé a rappelar. De pronto, el anclaje debió de ceder y caí. Por fortuna, aterricé sobre una zona de nieve blanda y no pasó nada.

Miré hacia arriba y ví que Atxo comenzaba a trazar una travesía hacia la izquierda. No entendía porque lo hacía. Quizás había pensado que bajar por otro lado resultaría más sencillo.

Al borde del vacío

En aquel instante sentí un golpe fuerte en la cara y comencé a caer envuelto en una avalancha. Iba dando vueltas de forma descontrolada, como un pelele. Entonces sí pensé que me iba a matar. El tiempo, que durante las horas anteriores se nos escapaba de las manos, pareció detenerse en los segundos en que la nieve me iba arrastrando. Mis reflexiones eran de una amplitud y claridad extraordinarias. Iba calculando la distancia que me quedaba hasta el corte que caía en vertical hasta la base de la pared. Pensé en Violeta; en cómo le darían la noticia de mi muerte; en la putada que le estaba haciendo y me planteé que no tenía derecho a darle semejante golpe. Por otra parte, se entremezclaba en la vorágine de pensamientos una extraña curiosidad por cómo sería el momento del salto al vacío; por experimentar cuál sería la sensación de caer en libre casi tres mil metros.

Todo se detuvo secamente en un tramo de nieve blanda. Me había quedado a 50 metros del borde del vacío. No podía respirar porque tenía la boca llena de nieve. Había perdido todo cuanto llevaba en la mochila: la cámara, la filmadora, la frontal y, además, los dos piolets que tenía bien sujetos a las muñecas por las dragoneras. Me había quedado con las manos vacías.

Alucinaciones

Intenté hacerme de nuevo a la situación. Había caído cuatrocientos metros de desnivel y estaba a unos 7.900 metros. No sabía si Atxo había caído conmigo, ni Atxo podía localizarme en el punto donde me encontraba. Sólo a última hora pude verle que seguía sesgando la ladera hacia la izquierda. No lo podía entender. Quizás eran los primeros síntomas de confusión mental que le estaban afectando. Hay quien piensa ahora que la avalancha me salvó a mí. No lo sé, pero sí es seguro que le mató a Atxo al dejarle solo allá arriba.

Se hizo de noche. Sabía que estaba próximo al Campo IV, pero no me atreví a con-



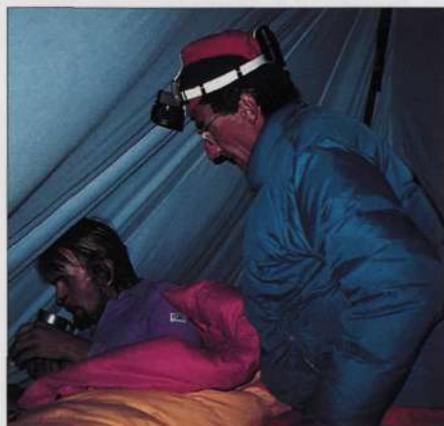
En la tienda en situación precaria

tinuar sin piolets. Comencé a sentir alucinaciones. Se me apareció un alpinista inglés aconsejándome que no continuara; una amiga mía me incitaba a visitar unas casas para gente sin recursos que se habían construido. Por instantes recobraba el sentido de la realidad, pero volvían a mí aquellas secuencias extrañas. Hacía mucho frío. No podía mover las falanges. Sentía que se me estaban congelando las manos.

Cuando se hizo la luz pude comprobar que estaba muy próximo a la tienda y que el terreno que me separaba de ella no ofrecía problemas. Llegué extremadamente fatigado. Nunca me había sentido tan al límite de mis fuerzas. Comí algo y me quedé dormido. Cuando desperté me pregunté dónde estaría Atxo. Salí de la tienda y le ví que había alcanzado el serac: "Atxo, tienes que llegar", le grité. Llegó la noche. Nos hablabamos a ratos. De nuevo, el cansancio me rindió y caí dormido.

Debieron pasar varias horas, porque cuando abrí los ojos había mucha luz. Mi primer pensamiento fue de nuevo para Atxo: "No puede seguir vivo", conjeturé. Salí de la tienda. Le llamé y mi alegría fue inmensa cuando, lentamente, movió un brazo.

Un torbellino de pensamientos se cruzaron en mi cabeza, pensé en seguir bajando. Pero al instante me asaltaron otras sensaciones. Sabía que no me lo perdonaría nunca; que no podría mirar a la cara a Nati, ni a mis amigos, ni siquiera a mí mismo cuando me mirara en el espejo. Derretí agua y salí a su encuentro, sin saber si yo



Bebiendo con ansiedad

mismo sería capaz de llegar hasta Atxo y regresar.

Tardé cuatro horas en recorrer los 150 metros que nos separaban. Bebió con ansiedad. "Está rica el agua", comentó. "Vamos, Atxo, vamos, tenemos que salir de aquí" insistía yo. Emprendimos el regreso. Eramos como unos gusanos arrastrándose por la nieve. Extremadamente lentos conseguimos pasar el resalte de rocas. Me adelanté hasta la tienda. Pasaron todavía tres horas más. Cuando vi que llegaba se me saltaron las lágrimas de emoción. Pensé en que ya estábamos salvados.

A cámara lenta

Era el día 8. Llevábamos cinco días por encima de 7.900 metros. Teníamos que descender. Comencé a moverme, a hacer agua, a ponerle las botas y los crampones a Atxo. Cada movimiento era un esfuerzo inmenso. No tenía fuerzas ni para quitarme los mocos. El tiempo volaba casi sin darnos cuenta. Pasaron siete horas antes de que pudiéramos iniciar la bajada por las cuerdas fijas. Eran las tres de la tarde y Atxo, por fortuna, podía arreglárselas por sí mismo.

Se apaga una vela

Llegamos al Campo III. Pudimos comer y beber. Noté que Atxo desvariaba un poco, pero pasamos una noche tranquila. Al día siguiente estábamos a punto de salir cuando llegaron Sebas y Ramón para ayudarnos. Sus movimientos me parecían los de una película a cámara rápida, comparados con los míos. Llegué a Campo II. Me di cuenta que, por detrás, Atxo ya no era capaz de descender por sí mismo. Ramón y Sebas le bajaban descolgándole.

El mal tiempo nos dejaría bloqueados en el Campo II todo el día 10. Atxo estaba muy apagado, pero comía, bebía y orinaba, lo que me daba cierta confianza en que lo que le afectaba no debía de ser un edema.

Llegó la noche. Todos teníamos la sensación de que el estado de Atxo era extremadamente precario, pero nadie comentaba nada. Quizás por esa razón, cuando al amanecer del día 11 vimos que no se movía, para ninguno de nosotros fue algo inesperado. Se había ido extinguiendo como una vela, poco a poco, hasta apagarse definitivamente. No hubo manifestación de emociones. Era como la rúbrica de una muerte anunciada. Se palpaba un dolor sin estridencias.

Salí de la tienda. La luz era extraña, mortecina. Nada podíamos ya hacer allí. Inicié el descenso hacia el Campo Base. El gris de las nieblas se me fue metiendo hasta el alma. Me iba definitivamente del K2 con un cierto resentimiento, porque nunca me supo tratar bien. Me iba con la cumbre que tanto deseé y que ahora no tenía valor para mí; me iba sin un amigo y con unas manos congeladas enormemente vacías.

Fotos del autor